

Sánchez-Cuenca, I. (2021): *Las raíces históricas del terrorismo revolucionario*, Madrid, La Catarata. 288 pp.

Catarata acaba de publicar uno de los trabajos seminales de Ignacio Sánchez-Cuenca, el cual vio la luz hace dos años en Cambridge University Press bajo el mismo título, *The Historical Roots of Political Violence: Revolutionary Terrorism in Affluent Countries*. El autor, catedrático de Ciencia Política en la Universidad Carlos III de Madrid, puede ser considerado como el científico social *cuantitativista* más reconocido de España en el estudio de la violencia política y el terrorismo.

Antes de nada, hay que poner en valor una consideración inicial. Lejos de ser un escrito estrictamente politológico, nos encontramos ante un libro que imbrica miradas y planteamientos que se nutren de otras perspectivas que enriquecen el planteamiento teórico y analítico que Sánchez-Cuenca ofrece, desde la rigurosidad histórica y la mirada sociológica del fenómeno.

Escapando de reduccionismos y *causalismos* simplistas, la hipótesis de partida, como el mismo título reconoce, propone que el terrorismo revolucionario que tiene lugar en Europa después de Mayo del 68 solo ocasionó muertes violentas en aquellos escenarios que, durante el periodo de entreguerras, se caracterizaron por ser enclaves poco democráticos. Es decir, tenían sistemas económicos excluyentes, una historia reciente convulsa y tradiciones más comunitarias que individualistas.

En términos inmediatos, Sánchez-Cuenca reconoce que Mayo del 68, y especialmente el ciclo de protesta que lleva asociado, es catalizador y acelerador del terrorismo revolucionario europeo, al igual que sucede con la revolución cubana en América Latina. Claro está, con independencia de la existencia de anclajes culturales y referentes intelectuales que, en uno y otro lado, igualmente están presentes y deben ser considerados.

A partir de un planteamiento de partida holístico, elementos como los procesos de acumulación de capital y desposesión generalizada, la concurrencia de guerras civiles, una tradición de naturaleza anarquista más o menos representativa o sistemas con notables niveles de autoritarismo han de ser tenidos en cuenta a la hora de proponer una hipótesis que evite especificidades e integre el sentido histórico en toda su esencia y complejidad. Para Sánchez-Cuenca, el binomio liberal-iliberal tiene un marcado fundamento explicativo, de manera que allí en donde hay un sustrato democrático y capitalista más consolidado después de la Primera Guerra Mundial, el terrorismo cercena sus capacidades de representación. Lo anterior conecta con un elemento nada baladí: la tradición liberal, que se asienta por siglos y acoge una impronta social más individualista y, por ende, más alejada del influjo que puede provenir de los gremios profesionales o de la familia.

Entendiéndose, por tanto, que la matriz revolucionaria y su expresión a través de la violencia política concentran los esfuerzos analíticos de este libro, un elemento especialmente destacado tiene que ver con el arraigo ideológico del marxismo y del anarquismo. Allí en donde entre finales del siglo XIX e inicios del siglo XX hubo mayores niveles de violencia anarquista es donde, igualmente, se observan mayores niveles de terrorismo revolucionario tras 1968 –aun cuando existen disparidades notables–.

Es decir, mientras que en Japón prácticamente el anarquismo brilla por su ausencia, la violencia es muy considerable en la década de los setenta. Esta afirmación resulta extensible a la tradición comunista de Italia, aunque igualmente hay países que, como Finlandia, tuvieron una marcada impronta comunista, pero no sufrieron terrorismo de naturaleza revolucionaria. A tal efecto, cabría señalar como una hipótesis plausible que la *ola democratizadora* posterior a la Segunda Guerra Mundial proyecta mejores condiciones para aislar el terrorismo revolucionario que la relativa a la tercera ola –en la que se inscriben las experiencias mediterráneas–. Empero, Alemania, Italia o Japón terminan mostrando patrones muy similares a los de España, Grecia y Portugal, de manera que una explicación más reposada, nuevamente, ha de tener en consideración el particular contexto de entreguerras.

Conviene considerar cómo Italia (162 casos) y España (95 casos) encabezan el registro de mayor número de asesinatos por violencia política en una población de estudio que contempla a 26 países. Para entender esta circunstancia, Sánchez-Cuenca propone desde las páginas iniciales la necesidad de diferenciar entre factores causales y condiciones causales. Expresado de otro modo, el terrorismo revolucionario encuentra como factor causal el ciclo de protesta que acontece tras Mayo del 68, toda vez que las condiciones sociales –autoritarismo, tradición anarquista y comunista, industrialización lenta, etc.– sirven de caldo de cultivo para el tipo de terrorismo que transcurre en Alemania, España, Italia o Japón. Así, las condiciones causales, cuantos más

elementos dispongan, mayores posibilidades para que el factor causal del ciclo de protesta se traduzca en una oleada de terrorismo revolucionario.

Esta mirada amplia se complementa con aproximaciones individuales que, de algún modo, intentan ilustrar las particularidades de cada caso. Es decir, Italia, entre 1968 y 1969, es el país con mayor intensificación de la violencia, por encima de España, con el rasgo distintivo de que el terrorismo de extrema derecha supera en la producción de víctimas al de la izquierda –fruto del marcado peso del fascismo en buena parte de los imaginarios más violentos del país–. De otro lado, el terrorismo en Japón es otro de los grandes desconocidos en lo que a literatura en español se refiere y que se recoge en el libro. En el país nipón, Mayo del 68 se acompañó de un importante ciclo de protesta y activismo político que provocó niveles de violencia muy elevados que motivaron una respuesta represiva del Estado; en particular, sobre un Ejército Rojo surgido en julio de 1971 por la fusión del Partido Comunista Japonés, liderado por Hiroko Nagata, con la facción del Ejército Rojo dirigida por Tsuneo Mori. Con un grueso de una treintena de integrantes, en marzo de 1972 el grupo terrorista termina concentrándose en las montañas del centro de Japón para discutir internamente y hacer un trabajo de autocrítica. Sin embargo, este hecho se convierte en un ejercicio paranoico en el que Nagata acaba siendo el primer responsable de hasta 14 muertes producidas en una suerte de depuración interna que, poco después, acaba con la intervención de las fuerzas policiales y su definitiva desarticulación.

La verdad es que nos encontramos ante un trabajo altamente recomendable que, más allá de los elementos de análisis que proyecta y las conclusiones a las que llega, permite entender cómo la violencia insurgente opera como un catalizador de las insatisfacciones y frustraciones que la movilización social y la acción colectiva no pueden resolver. Con las excepciones victoriosas de Cuba o Nicaragua, más allá de procesos de negociación como Guatemala, El Salvador o Irlanda del Norte, en muchos casos la solución pasa por elementos tales como la militarización de la sociedad, la criminalización de la protesta social y los excesos de un autoritarismo que igualmente han de atenderse, y que socavan la legitimidad de la respuesta estatal.

De otra parte, en el libro se echan en falta las experiencias de Israel hasta su formación, o de Palestina después de esta, así como la casuística latinoamericana, que sin incurrir en esencialismos simplistas, bien justificaría un trabajo particular que trate de ofrecer interpretaciones holísticas, de largo alcance, que trasciendan de los planteamientos de referencia (y más limitados) de autores como Juan José Linz, Guillermo O'Donnell, Edward N. Muller o Wickham-Crowley. Sin duda, postulados como los de Sánchez-Cuenca alimentan nuevas aristas y posibilidades analíticas que hay que tener necesariamente en consideración.

Asimismo, es cierto que el trabajo excluye el estudio de dos grupos terroristas de la magnitud de ETA o del IRA, dada su impronta nacionalista. Desde el principio, el autor deja clara la delimitación metodológica, y ello es más que suficiente para no entenderlo como una cuestión a criticar, pues la fundamentación analítica no conoce de fetichismos particulares y sí de rigurosidad en la casuística que delimita el objeto de estudio. Cosa diferente es, por ejemplo, que el trabajo bien hubiera podido incluir en su planteamiento a los Comandos Autónomos Anticapitalistas, pues desde una impronta obrerista, universitaria, libertaria, aunque también *abertzale*, produjeron más de 200 acciones y hasta una treintena de atentados mortales.

En todo caso, la lectura de este trabajo está repleta de datos, tablas y planteamientos estadísticos que, de algún modo, limitan el público destinatario. Aunque en principio sirve tanto para neófitos e interesados en la materia como para expertos avezados en el estudio del terrorismo, cuando es leído en su conjunto, una absoluta comprensión del texto no queda al alcance de cualquiera. Asimismo, resta decir que todo lo expuesto no representa, ni para el autor, ni para quien escribe esta reseña, un ejercicio de crítica frente a la esencia de Mayo del 68. Todo lo contrario; ambos compartimos que se trata de un punto de inflexión para la esencia de las democracias europeas, a partir del cual el conflicto se naturaliza y se enfrenta a los verticalismos autoritarios, evidenciando que los derechos no solo son objeto de concesión, sino también de conquista.

Jerónimo Ríos Sierra
Universidad Complutense de Madrid
jeronimo.rios@ucm.es